

JESÚS SIMÓN, S. J.

EL HOMBRE - DIOS

Valoración de la persona
y hechos de Jesucristo
ante la razón y la Historia



APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Imprimi potest. — Cándido Mazón. *Praep. Prov. Arag.*

Nihil obstat. — Dr. Gabriel Solá Brunet, Can.*

Imprimatur. — † GREGORIO, Obispo de Barcelona.
Barcelona, 12 noviembre 1948.

Con Licencia eclesiástica

Depósito Legal: M-15.297-1988

ISBN: 84-7770-126-1

Impreso en España

Gráficas FUTURA, S.C.L.

Villafranca del Bierzo, 23.

Fuenlabrada (Madrid)

INDICE GENERAL

	<u>Pág.</u>
Introducción.	9
I. La expectación de las gentes	15
SUMARIO: Esperanzas mesiánicas en la humanidad pagana. - Grecia y Roma. - Tradición universal. - Origen del Mesianismo gentil. - Preparación del mundo para la venida del Mesías. - Sucesión de los cuatro reinos de Daniel. - La plenitud de los tiempos.	
II. Las profecías mesiánicas.	30
SUMARIO: Idea general de los vaticinios mesiánicos. - La profecía de Jacob: el cetro de Judá. - Miqueas y Belén. - Isaias y la pasión y muerte del Salvador. - Daniel y sus setenta semanas. - Portentoso cumplimiento. - Reflexión final.	
III. Las credenciales históricas de Jesús: Autenticidad de los Evangelios	44
SUMARIO: Las fuentes históricas de la vida de Jesús: el Nuevo Testamento. - Los Hechos de los Apóstoles, las Cartas de San Pablo y los Evangelios. - Originales y copias. - Versiones y códices. - Documentos auténticos y seguros. - Citas de los padres apostólicos. - San Justino e Ireneo. Orígenes y Tertuliano. - Conclusión. - La existencia histórica de Jesús.	
IV. Las credenciales históricas de Jesús: Veracidad de los Evangelios.	62
SUMARIO: Hipótesis racionalistas: «El fraude y la impostura». - Afirmación gratuita y despreciable. - Ideas que no pueden inventarse. - «Ilusión y buena fe de los Apóstoles», pero... falsía y engaño de Jesús. - Contradicciones racionalistas.	
V. Cristo Mesías	74
SUMARIO: Pseudoprofetas y pseudocristos. - ¿Ha venido ya el Mesías? - Testimonios evangélicos sobre la mesianidad de Jesús. - La propia afirmación del Maestro y la solemne promulgación del Padre. - Cristo, clave de las profecías.	

	Pág.
VI. Cristo taumaturgo	89
SUMARIO: Los milagros de Jesús. - Su clasificación y categorías. - Las bodas de Caná de Galilea. - El hijo del funcionario real. - El siervo del Centurión. - La hemorroísa. - Resurrección de la hija de Jairo. - El sordomudo. - La mujer encorvada. - La pesca milagrosa. - Liberación de un endemoniado. - El número de los milagros evangélicos. - Prodigios auténticos y divinos.	
VII. Cristo taumaturgo (II): La tempestad sosegada	102
SUMARIO: El lago de Tiberíades. - Ráfagas de tormenta. - «Sálvanos, que perecemos». - «Calla, enmudece». - Cristo, dueño absoluto de los elementos. - Efectos del milagro. - Explicaciones racionalistas.	
VIII. Cristo taumaturgo (III): El ciego de nacimiento... ...	113
SUMARIO: Antecedentes y realización del prodigio. - «Fui, me lavé y veo». - El drama de la incredulidad farisaica. - Lógica contundente. - Verdad y trascendencia del milagro. - Sus pruebas judiciales.	
IX. Cristo taumaturgo (IV): La resurrección de Lázaro ...	125
SUMARIO: Betania. - Lázaro enferma y muere. - En las proximidades del Castillo. - Las lágrimas de Jesús. - Ante el sepulcro del amigo. - «Lázaro, sal afuera». - Realidad y grandeza del milagro. - Explicaciones racionalistas.	
X. Significación de los milagros de Jesús.	136
SUMARIO: Los milagros evangélicos son: 1.º, obras de misericordia: leprosos y ciegos; la multiplicación de los panes; el paralítico de la probática piscina; la resurrección del hijo de la viuda de Naím... 2.º, pruebas de su legación divina: el paralítico de Cafarnaúm; el hombre de la mano paralizada. - El milagro, sello de Dios y nota distintiva del Mesías.	
XI. La incredulidad y los milagros evangélicos.	150
SUMARIO: Racionalistas y neocríticos. - El engaño de los Apóstoles. - Leyendas de la Iglesia primitiva. - La sugestión y la «fe que sana». - El milagro ¿es imposible?	
XII. Jesús Profeta	163
SUMARIO: «Un gran profeta ha aparecido entre nos-	

otros». - Profecías de Cristo sobre su Pasión, negaciones de San Pedro, traición de Judas, dispersión de los discípulos y futura ruina de Jerusalén.

XIII. Jesús Profeta (II): El poema del amor... .. 177

SUMARIO: Éxtasis de Jesús y visión de su futuro triunfo. - El grano de mostaza. - El día de Pentecostés. - Expansión de la Iglesia y conversión del mundo. - Dificultades de la empresa. - Conquista de la humanidad por el amor.

XIV. Jesús Profeta (III): La tragedia del odio 193

SUMARIO: Cristo profetiza las luchas y el triunfo de su Iglesia. - Jerusalén. - Bautismo de sangre. - La conversión de San Pablo; Herodes Agripa. - Roma: Las diez persecuciones; Nerón, Decio, Valeriano y Diocleciano. - El número de los mártires y la crueldad de los tormentos. - Heroísmo sobrenatural. - Conclusión.

XV. Jesús Profeta (IV): La tragedia del odio. 214

SUMARIO: La rebelión protestante: Lutero y Enrique VIII. - Apostasía de la mitad de Europa. - Sus causas. - Acción de la Divina Providencia. - Los grandes sabios y santos de los siglos XVI y XVII en los países católicos. - Nuevas conquistas entre paganos. - Las Indias y América. - Conclusión.

XVI. Jesús Profeta (V): La tragedia del odio. 230

SUMARIO: Origen de la incredulidad moderna. - La Filosofía naturalista inglesa. - La Masonería. - Voltaire y la Enciclopedia. - El socialismo y el Comunismo. - Satanismo. - Signos de esperanza: los nuevos convertidos: rumbo espiritualista de la ciencia. - «No prevalecerán».

XVII. Jesucristo, Dios. 244

SUMARIO: La divinidad del Mesías en el A. T. - Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero. - Testimonio de los Evangelios. - La propia afirmación de Jesús. - Atributos divinos y derechos exclusivos de Dios. - «El Unigénito del Padre».

XVIII. Jesucristo, Dios (II) 258

SUMARIO: La fe de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva. - Arrio y el concilio de Nicea. - La divinidad de

Cristo en los tiempos modernos. - El Filosofismo y Racionalismo. - Renán. - Conclusión.

XIX. La santidad de Jesús 275

SUMARIO: Santidad negativa: «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?». - Carencia de inclinación al mal en Cristo. - Santidad positiva: las virtudes del Salvador. - Su religiosidad; bondad; obediencia; pureza; superioridad y grandeza de alma. - «El santo de Dios».

XX. La muerte de Jesús. 289

SUMARIO: El Calvario. - Prodigios sobrenaturales: el velo del Templo, el terremoto, el oscurecimiento del sol. - Grandeza moral de la muerte de Cristo. - Sus últimas palabras. - Dominio sobre la muerte. - El centurión romano. - Reflexión final.

XXI. Cristo Redentor.. 305

SUMARIO: La Redención de Cristo en el N. T. - Concepto de la Redención. - La tragedia del Paraíso. - «Hijos de ira». - «El príncipe de este mundo». El sacrificio del Calvario. - Isaias y la redención mesiánica.

XXII. La Resurrección de Cristo 318

SUMARIO: Predicciones categóricas de Jesús sobre su propia Resurrección. - Documentos históricos del gran acontecimiento. - Los cuatro Evangelios y los Hechos. - Las apariciones de Jesús. - Pedro y Juan en el Templo. - San Pablo en Antioquía de Pisidia y en Atenas. - La carta a los Corintios. - La fe en la Resurrección, creadora del Cristianismo.

XXIII. La Resurrección de Cristo y la crítica 336

SUMARIO: Hipótesis racionalistas. - El robo del cadáver. - Catalepsia o muerte aparente de Cristo en la Cruz. - La alucinación de los Apóstoles. - Refutación.

XXIV. La Ascensión, triunfo definitivo de Jesús 348

SUMARIO: Los documentos históricos de la Ascensión de Cristo. - Su vida en el cielo: descanso, triunfo, actividad incesante. - Arriba los corazones.

Epílogo 359

Índice de materias. 366

INTRODUCCION

Nada más interesante, a veces, que ciertas coincidencias de la Historia.

Se nos cuenta del célebre Diógenes que, llevado un día de su rara originalidad, salió por las calles y el Agora de Atenas con una linterna en la mano buscando, como afirmaba él, un hombre...

La cosa pudo parecer al principio una mera extravagancia del filósofo, pero bien pronto se cayó en la cuenta del altísimo significado de su acción. Diógenes buscaba un hombre en Atenas, en medio de rebaños innumerables de ellos, porque para él no merecían el título sagrado de hombres los que componían la inmensa generalidad de los mismos...

Buscaba al hombre cabal, al hombre razón y espíritu, al hombre de carácter y consecuente, al hombre digno y legítimo representante de la especie, y... ése no era tan fácil encontrarlo.

Y, en efecto, no lo encontró.

Atenas y toda la brillante civilización helénica hubo de declararse impotente; no pudo ofrecer un ejemplar siquiera de él, y todo el espléndido ropaje de su literatura, de su filosofía y de su arte, no había hecho otra cosa que encubrir el abismo de ignominia en que yacía la humanidad, algo así como el estuco o los mármoles lujosos encubren nada más por de fuera la corrupción interna del sepulcro.

¡ECCE HOMO!

Quinientos años habían transcurrido desde esta fecha memorable.

Nos dice el Evangelio que Pilatos, queriendo salvar a Jesús del odio de los judíos, después de haberlo mandado azotar inisicuamente para que su estado causara lástima a sus propios adversarios, le sacó al balcón del Pretorio y, así como estaba, como le había dejado la soez soldadesca, coronado de espinas, escupido el rostro, ensangrentado, llevando en las manos atadas ante el pecho una caña a modo de cetro y cubierto con un andrajo de púrpura, se lo mostró a la turba ebria de coraje, exclamando en alta y sonora voz:

HE AQUI EL HOMBRE...

Había aparecido por fin.

El hombre buscado por el filósofo llegaba en la plenitud de los tiempos como el feliz coronamiento de todos ellos...

Era el hombre perfecto, el hombre ideal, el hombre prototipo.

La Humanidad podía estar satisfecha.

Afeada por el pecado, vilipendiada, abatida, podía levantar de nuevo la cabeza. En Cristo se mostraba en toda su plenitud y nobleza la imagen del hombre, rey de la creación visible: más aún; se superaba a si misma, puesto que El resumía en si, como en compendio y recapitulación suprema, cuanto hay de grande, de bello y de sublime en el cielo y en la tierra.

* * *

El presente libro tiende a llevar a Cristo a la inteligencia y al corazón de los hombres de buena voluntad.

Es, como observará el lector, de carácter apologético y

de vulgarización, y su ambición única se reduce a exponer de una manera clara y asequible al gran público de nuestros días, algunos de los grandes temas cristológicos que más de relieve pueden presentar su figura incomparable y especialmente su divinidad y atraer hacia El las inteligencias y corazonas de los hombres.

Comienza por la mesianidad del Salvador, por las profecías bíblicas cumplidas portentosamente en su persona y por su expección en el mundo...

Cristo es realmente el Mesías esperado por los siglos. El cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, le proclaman como tal y El mismo se da ese nombre clara y decididamente. Los grandes vaticinios mesiánicos, las tradiciones de los pueblos, convergen todos en el Profeta de Nazaret y tienen en El su más espléndido cumplimiento.

Este es el hecho singular y exclusivo que lo distingue.

Cristo no puede llamarse nuevo en ninguna época de la Historia.

Había preexistido ya, durante siglos en el mundo antes de aparecer entre los hombres. El fué, en toda la extensión de la palabra y en frase bíblica, «el deseo de los collados eternos, el objeto de las esperanzas de la Humanidad».

El tercero y cuarto capítulos llevan por epigrafe: Las credenciales históricas de Jesús. El fundador del Cristianismo no es un ser mitológico y de leyenda, sino que está enmarcado en la Historia plenamente. Vivió en los comienzos de los tiempos nuevos, en medio del esplendor de la civilización greco-romana... Tuvo sus heraldos y cronistas que nos dejaron de su vida y de sus gestas los más verídicos y seguros documentos. Con ellos, como con credenciales, se presenta al

mundo moderno y de todos los tiempos desafiando a la incredulidad.

Puede afirmarse con la seguridad más absoluta en pleno siglo xx que Cristo es uno de los personajes más históricos y auténticos de la Historia.

Cristo taumaturgo llena, a continuación, varios capítulos.

El milagro, que es el sello exclusivo de la divinidad, lo es también de Jesucristo. El pasó por el mundo como la virtud y omnipotencia del Altísimo, ejerciendo el dominio más absoluto sobre las fuerzas y leyes naturales: Él mandó al mar alborotado, y como por ensalmo se sosegaron las olas; curó a los leprosos con sólo decirlo; devolvió la luz a los ciegos, el movimiento a los paralíticos; llamó a Lázaro de la tumba, cambiando la corrupción del sepulcro en germen de nueva vida...

Los milagros evangélicos son hechos plenamente históricos, auténticos y divinos: el Salvador los realizó llevado unas veces por la ternura y bondad inmensa de su corazón, y otras, para probar su legación divina.

La incredulidad se ha encarnizado en ellos y ha querido desvirtuarlos negándolos positivamente como narraciones legendarias o atribuyéndolos a la candidez y simplicidad de los evangelistas.

Pero todo ha sido inútil.

Los milagros evangélicos son, el día de hoy, en medio del refinamiento hipercrítico y científico moderno, tan ciertos e incontrastables como en los tiempos del Salvador.

Jesús profeta, es el título del cuarto tema.

En él se exponen sus grandiosas profecías: primero las inmediatas, relativas a su pasión, traición de Judas, negaciones de San Pedro, dispersión de los discípulos...: luego,

las otras más lejanas, pero también más amplias y portentosas: la ruina de Jerusalén; su conquista del mundo por el amor; el odio inextinguible de la maldad humana hacia El y su Iglesia; los embates y furias del infierno contra ella, al par que su incolumidad y perpetuo triunfo.

Cristo es también Redentor y Dios.

Es Redentor, porque pagó con su sangre la deuda de nuestras culpas y pacificó con ella el cielo y la tierra, a Dios y los hombres, rasgando en la Cruz, según la sublime frase de San Pablo, «el quirógrafo decreto de nuestra condenación»...

Pero, sobre todo, es Dios: Dios con nosotros, el Hombre-Dios.

Tal se afirmó abierta y decididamente innumerables veces en su vida, y su testimonio no puede dejar de ser verdadero. Se arrogó los derechos exclusivos de Dios; exigió, mandó y prohibió como Dios; tuvo la impecabilidad y santidad de Dios; murió en el Gólgota lleno de afrentas y de dolores, pero sufrió porque El quiso y murió porque quiso también y cuando quiso, con absoluto dominio sobre la muerte y resucitó y salió del sepulcro al tercer día, como Dios.

Ojalá que estas páginas sean útiles y contribuyan en algo a que sea más conocido y amado de los hombres el que es indiscutiblemente la figura cumbre de la Historia, aun en lo humano: el Hijo de Dios hecho hombre; el gran Maestro de la Humanidad...

Si así es nos sentiremos galardonados con la mayor recompensa, ya que, como dijo El mismo: «Esta es la vida eterna, que conozcan al Padre, único Dios verdadero, y al que El envió, Jesucristo».

Valencia, Fiesta de Cristo Rey, 1947.



1

(Hofmann)

«He aquí el Hombre» (J. XIX, 5).

Pilato muestra al mundo al «esperado de las gentes»
venido por fin a la Humanidad.

LA EXPECTACION DE LAS GENTES

SUMARIO: Esperanzas mesiánicas en la humanidad pagana. - Grecia y Roma. - Tradición universal. - Origen del Mesianismo gentil. - Preparación del mundo para la venida del Mesías. - Sucesión de los cuatro reinos de Daniel. - La plenitud de los tiempos

Se ha dicho, con frase que parece paradójica, que el hombre es dueño de su sepulcro, pero no de su cuna.

Quiere ello decir que el hombre puede preparar su porvenir, forjar su futuro, su vida más allá de la tumba, haciendo que ésta sea gloriosa como la de los Santos y los héroes o deshonrada e infame como la del criminal y malvado.

Nadie, sin embargo, es dueño de su cuna.

El más grande y el más pequeño están aquí al mismo nivel. Homero y Virgilio, Dante y Lope de Vega, Cervantes y Shakespeare, Alejandro y Hernán Cortés y Napoleón, no preludiaron con el más leve rumor su aparición en el mundo.

La cuna señala el comienzo total del hombre y nadie es capaz de adelantarse a ella.

Cristo es la única excepción.

El fué, en toda la extensión de la palabra, dueño de su cuna, como lo fué de su sepulcro. Antes de que apareciera sobre la tierra había ya vivido siglos en la mente y en el corazón de los hombres. El mundo entero le esperaba ansiosamente y saludaba de lejos, con emoción, su venida.

Empecemos a hablar del HOMBRE DIOS por este importante tema.

GRECIA

Tiene Platón en su diálogo «Alcibíades» una significativa página: Al dirigirse el protagonista del mismo al templo, para ofrecer un sacrificio, se encuentra con Sócrates, al cual le consulta sobre qué había de pedir a los dioses. Sócrates le aconseja abstenerse por entonces de toda petición y sacrificio, «hasta que venga el enviado de Dios, que anuncie a los hombres lo que han de creer y practicar».

He aquí sus palabras:

Sócrates: El mejor partido que podemos tomar es esperar con paciencia a que venga alguno a enseñarnos cómo nos hemos de portar respecto de los dioses y de los hombres.

Alcibiades: ¿Cuándo vendrá y quién es el que debe enseñarnos estas cosas? Yo siento en mí un deseo ardiente de conocer a semejante personaje.

Sóc.: Aquel de quien se trata se interesa más de lo que nosotros pensamos en todo cuanto nos atañe.

Alcib.: Venga, pues, y que disipe cuando quiera estas tinieblas. Estoy dispuesto a hacer cuanto él quiera prescribirme, con tal de que llegue a ser mejor de lo que soy.

Sóc.: Te lo aseguro de nuevo: Aquel de quien estamos hablando desea infinito nuestro bien.

Alcib.: ¿No sería conveniente, pues, diferir los sacrificios hasta que él venga?

Sóc.: Tienes razón: Más valdrá tomar este partido que correr la eventualidad de no saber si ofreciendo sacrificios agradamos a Dios o le disgustamos.

Alcib.: Bien, pues; cuando llegue ese día presentaremos a Dios nuestras ofrendas. Espero de su bondad que no se hará esperar mucho tiempo.

No cabe duda que son emotivas estas palabras.

¡Pobre filosofía pagana sin la luz del Evangelio!

Después de inmensos desvelos y de largas vigiliass buscando la verdad, no había conseguido casi nada. La Humanidad entera se encontraba perdida, fuera del verdadero camino, extraviada entre tinieblas: No conocía su origen ni su destino; ignoraba a Dios y a sí misma y, lo que es peor, se encontraba en absoluta impotencia de salir de aquel estado, de avanzar hacia la luz; le faltaba el hombre de la «probática piscina» y hacia el anunciado Salvador tendía las manos febrilmente.

¿Quién era el misterioso personaje a que se refiere Sócrates en su consejo a Alcibiades?

«Un enviado de Dios, apiadado de nosotros.»

Alguien que debía ser el maestro de la Humanidad impotente y enseñarle lo que debía practicar y creer...

En presencia de tales señas no podemos menos de pensar en el que es la luz del mundo, la verdad y la vida, Jesucristo.

El gran genio de la Grecia se había asido, en la imposibilidad de dilucidar los problemas religiosos por la sola razón humana, a la esperanza mesiánica que, recibida de Egipto y de los pueblos orientales, flotaba vaga e imprecisa en la tradición helénica, alimentada de cuando en cuando por las revelaciones de los oráculos. Hesiodo y Teócrito, Esquilo y Sófocles, se habían hecho también eco de la misma.

ROMA

En el pueblo romano fué más viva aún y más ostensible la tradición mesiánica, especialmente a partir de los últimos tiempos antes de nuestra Era.

A ello contribuyeron también, y notablemente, los oráculos o vaticinios sibilinos de honda repercusión, no sólo en la plebe, sino también, y más poderosamente aún, en almas selectas y de cultura.

Cicerón comenta uno de esos vaticinios en su libro «De divinatione». Se hablaba en él de un misterioso personaje que estaba para venir y al cual tenía que reconocer como rey el Imperio romano, si no quería perecer. El orador se pregunta, visiblemente preocupado: «Si esto está escrito en los libros de las Sibilas, ¿a qué rey se refiere y en qué tiempo ha de suceder?».

Virgilio. Un segundo pasaje más emocionante sin duda que el del orador romano, lo encontramos en el del mayor de los poetas latinos, el mantuano Virgilio.

Sus palabras son un canto sublime al futuro rey universal, con cuyo nacimiento iban a desaparecer hasta los vestigios de la edad de hierro de la Humanidad y comenzar las bienandanzas de la de oro.

Dice así en su égloga IV:

«Han llegado los tiempos últimos de que habla la Sibila: Va a comenzar de nuevo el curso inmenso de los siglos. De lo más alto de los cielos nos va a ser enviado un reparador. Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de este niño, que hará cesar la edad de hierro, reinante hasta ahora, y extenderá la de oro por todo el universo... El que debe obrar estas maravillas será engendrado en el mismo seno de Dios; se distinguirá entre los seres celestiales; aparecerá superior a todos ellos y regirá con las virtudes de su padre al mundo pacificado... Ven, pues, querida descendencia de los cielos, ilustre vástago de Júpiter, porque se acercan ya los tiempos vaticinados. Ven a recibir los grandes honores que te son debidos. Mira a tu venida al globo del mundo vacilante bajo el peso de su bóveda: la tierra, los vastos mares, el alto cielo... todo se agita y alegra por el siglo que ha de venir.»

Difícilmente podrán ser interpretados estos versos de «el altísimo poeta», a quien se le ha llegado a tener por precur-

sor del Cristianismo, en otro sentido distinto del tradicional, como reflejo jubiloso de las esperanzas mesiánicas.

Es el eco de la aspiración universal de su tiempo en el Imperio romano, a una ética social superior a la existente, a una radical renovación del orbe, a un nuevo orden de cosas, de paz y bienandanza, que en vano se buscaba en el mundo decrepito que iba a desaparecer y que polarizaba todas sus ansias en el Redentor anunciado.

Hasta las frases presentan extrañas resonancias bíblicas: «La edad última», «el nuevo vástago», «la descendencia de los cielos», «el nuevo curso de los tiempos», «el siglo venidero», «el niño rey», «la virgen»... parecen prolongaciones de las voces de los profetas.

Historiadores. A medida que se acercan los tiempos va creciendo también y haciéndose más insistente la tradición y esperanza. A ella aluden claramente los dos grandes historiadores del Imperio: Tácito y Suetonio.

Tácito se expresa así refiriéndose a los tiempos inmediatos antes del advenimiento de Cristo: «Era general entonces la persuasión de que prevalecería el Oriente, y que hombres salidos de Judea se apoderarían del gobierno del mundo». (Hist. Lib. V. c. XIII.)

Suetonio añade: «Se había esparcido por el Oriente toda la idea ya antigua y constante de que estaba decretado por los hados, que por aquella época se apoderarían de los destinos del mundo unos hombres salidos de Judea». (In Vespas.)

Cuando los historiadores romanos escribían estas palabras, ya habían amanecido los tiempos nuevos y aparecido el gran personaje centro de los mismos.

Los heraldos del Gran Rey habían incluso llegado a la Roma de los Césares para echar en ella los cimientos del nuevo Imperio que iba a levantarse sobre las ruinas del antiguo. El paganismo se estremeció de furor y anegó en san-

gre a los cristianos, pero, al fin, no tuvo más remedio que ceder: «Estaba decretado», no por los hados, sino por Dios, que rige con designios inescrutables los humanos acontecimientos, que hombres de la Judea fueran los árbitros de los destinos del mundo.

TRADICION UNIVERSAL

No hay para qué aducir más testimonios.

El hecho lo reconocen hasta los corifeos de la impiedad. El mesianismo en el mundo antiguo es un hecho tan innegable como universal; de él se hacen eco tanto las mencionadas Grecia y Roma como Egipto y Mesopotamia, Persia, Arabia, la China, el Japón, el Nuevo Mundo... todos los pueblos coinciden en lo mismo; todos miran hacia el Oriente, en especial hacia la Judea, y ponen en ella o en él el objeto de sus anhelos y esperanzas.

Dice el mismo *Voltaire*: «La creencia en la caída y en la regeneración del hombre se encuentra en todos los pueblos antiguos...», y *Boulanger*: «Los hebreos esperaban, ya un conquistador, ya un ser indefinible, feliz y desgraciado a la vez, y lo están esperando todavía. El oráculo de Delfos, según Plutarco, era depositario de una antigua y secreta profecía sobre el futuro nacimiento de un hijo de Apolo que traería a la Tierra el reinado de la justicia. En este sentido habla todo el paganismo griego y egipcio... Las demás naciones de la Tierra tuvieron también las mismas esperanzas: Los chinos aguardaban a Phelo; los del Japón, a Ocyrum y Combadaxi; los de Siam, a Sommona-Codon. Todos los americanos esperaban que del lado del Oriente, al cual podríamos llamar el polo de la esperanza de las naciones, les llegarían los Hijos del Sol, y los mejicanos, en particular, esperaban a uno de sus reyes, que debía volver a visitarlos por el lado de la aurora, después de haber dado la vuelta al Mundo». (Cfr. «El Hombre», pág. 183.)

ORIGEN DEL MESIANISMO GENTIL

¿De dónde procedieron las ideas mesiánicas en el gentilismo? No cabe duda que en algunos de los mencionados pueblos, los del oriente y este de Europa, Grecia y Roma en particular, pudieron provenir de las profecías bíblicas llevadas a ellos por los judíos de la Diáspora o por las transmigraciones de los mismos en sus cautiverios; pero para los otros, los más remotos, la India, China, América... hay que buscar otras explicaciones más hondas.

No perdamos de vista, en efecto, que la referida tradición es un hecho extendido por todo el mundo, que se encuentra en todos los pueblos de razas primitivas, desde el Oriente hasta Méjico. Es una de las tradiciones universales del linaje humano, cuyo origen hay que buscarlo, por tanto, en los albores de la Humanidad misma, en el entronque común o confluencia primordial de los diversos pueblos antes de su disgregación y dispersión por la tierra.

Llegados aquí, viene espontáneo el pensamiento: ¿No arrancará esa tradición tan antigua como el linaje humano, del gran vaticinio genesíaco a raíz de la primera caída, anunciando la descendencia de la mujer que había de aplastar la cabeza de la serpiente triunfadora y devolver a la Humanidad su dignidad primitiva?

Ninguna explicación más fundada.

La promesa del futuro redentor debió quedar profundamente grabada en la mente de los primeros humanos, como consuelo de su infortunio, como depósito sagrado de esperanzas para el porvenir. Advino la división del primitivo clan o tribu humana, y la llevó consigo cada familia en su peregrinación por la tierra. Los pueblos y razas que empezaban a diversificarse, la hicieron objeto de sus ilusiones y aun de su poesía, modificándola cada uno a su talante, añadiendo

luego nuevos trazos y restando otros conforme a sus peculiares gustos.

LOS CUATRO IMPERIOS DE DANIEL

Entramos en el terreno de los arcanos de Dios en orden a la evolución providencial de la Historia.

Los hombres se mueven, pero Dios los guía.

El Mesías prometido al mundo había de aparecer en la plenitud de los tiempos, y era necesario prepararle el camino. Nadie podía realizar convenientemente este cometido en que había de ponerse en movimiento la Historia toda, sino el que es dueño absoluto de los pueblos y de los hombres, y los levanta o abate y aniquila conforme cuadra a sus designios.

Así lo hizo en efecto.

Descorramos el velo que oculta a los profanos esta verdadera Filosofía de la Historia.

Leemos en el capítulo segundo de la Profecía de Daniel este interesante y significativo pasaje:

Estaba el Profeta en la cautividad de Babilonia cuando he aquí que una noche tuvo el rey Nabucodonosor un sueño que le dejó consternado, dice el sagrado texto, pero que no pudo recordar cuando despertó por la mañana. Llamó a todos los adivinos, magos, hechiceros y sabios de Babilonia para que se lo interpretaran, mas no acertando ninguno en ello, disponíase el rey a hacerlos morir a todos. Daniel, incorporado con sus compañeros a la clase de los sabios, no había asistido al requerimiento regio. Presentósele después y pidióle una corta dilación en la ejecución de su cruel decreto; mientras tanto fué el a casa y oró al Señor por sus compañeros. Dios le reveló el secreto en una visión nocturna, y lo anunció a Nabucodonosor de esta manera:

«El arcano que el rey desea descubrir, no se lo pueden declarar al rey los sabios, ni los magos, ni los adivinos, ni los arúspices.

Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, y éste te ha mostrado, oh rey Nabucodonosor, las cosas que sucederán en los últimos tiempos. Tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en la cama, son los siguientes:

Tú, oh rey, estando en tu cama, te pusiste a pensar en lo qué sucedería en los tiempos venideros; y aquel que revela lo oculto, te hizo ver lo que ha de venir.

A mí también se me ha revelado ese arcano, no por una sabiduría que en mí haya más que en cualquier otro hombre mortal, sino a fin de que el rey tuviese una clara interpretación y para que reconocieses los pensamientos de tu espíritu.

Tú, oh rey, tuviste una visión, y te parecía que veías como una grande estatua, y esta estatua, grande y de elevada altura, estaba derecha enfrente de ti, y su presencia era espantosa.

La cabeza de esta estatua era de oro finísimo: el pecho, empero, y los brazos, de plata: mas el vientre y los muslos, de cobre.

Y de hierro las piernas: y una parte de los pies era de hierro y la otra, de barro.

Así la veías tú cuando, sin que mano ninguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro y los desmenuzó... Pero, la piedra, que había herido a la estatua, se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

Tal es el sueño. Diremos también en tu presencia, oh rey, su significación.

Tú eres rey de reyes: y el Dios del cielo te ha dado a ti reino y fortaleza e imperio y gloria... Tú, pues, eres la cabeza de oro.

Y después de ti se levantará otro reino menor que el tuyo que será de plata: y después otro tercer reino, que será de cobre, el cual, mandará toda la tierra.

Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás...

Pero en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido, y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos: y él subsistirá eternamente...

El gran Dios ha mostrado al rey las cosas futuras, y el tal sueño es verdadero y es fiel su interpretación.

Entonces el rey Nabucodonosor postróse en tierra sobre su rostro y adoró a Daniel... y dijo: verdaderamente que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los reyes y el que revela los arcanos; pues has podido tú descubrir éste.»

CUMPLIMIENTO DEL VATICINIO

Detengámonos un instante ante esta sorprendente página. Está escrita unos seiscientos años antes de Jesucristo y su marco es Babilonia en su máximo apogeo.

La interpretación tradicional ve señalados en los cuatro reinos del sueño del rey de Babilonia los cuatro grandes imperios que se sucedieron en el mundo desde aquella fecha hasta la venida del Mesías: el *caldeo-babilónico*, el *medo-persa*, el *macedónico* y el *romano*.

El quinto y último, fundado por el mismo Dios, que había de recibir la herencia de los anteriores y llenar toda la tierra, es el mesiánico, el reino de Jesucristo, reino eterno y universal.

Imperio caldeo babilónico.

Fué fundado por Nabopolasar hacia el año 600 antes de nuestra Era. Este gran monarca agregó Asiria a Babilonia, creando así el mayor poder de su tiempo. Su hijo y sucesor fué el Nabucodonosor de la Biblia, que puso fin al reino de Judá, llevándose cautivo al pueblo judío y destruyendo a Jerusalén. Con Nabuco llega el imperio a su mayor apogeo. En tiempos de sus indignos sucesores fué acentuándose cada vez más la decadencia, hasta que el último de ellos, el Baltasar famoso en la Historia por su convite, príncipe cruel, vicioso y cobarde, lo deshizo por completo.

El profeta da a este imperio el nombre de oro, no precisamente por su extensión territorial, sino por su magnificencia verdaderamente asiática.

Babilonia, su capital, dícese que estaba comprendida dentro de un doble recinto de murallas de cien metros de altura por quince de grueso, formando un gigantesco cuadrilátero de cien kilómetros de largo por ochenta de ancho. El río Eufrates la atravesaba diagonalmente, y más de cien puertas, de bronce todas, se abrían en sus murallas, flanqueadas por doscientas cincuenta torres. En el centro del gran cuadrilátero se levantaba la ciudad regia, como vasta agrupación de fortalezas, de palacios y de templos, juntamente con los famosos pensiles o jardines colgantes, atribuidos a Semíramis.

El Imperio babilónico fué efímero.

No duró ni siquiera un siglo. Le puso fin el rey de los persas, Ciro el Grande, que penetró de improviso en la ciudad, durante la noche, por el cauce del Eufrates, mientras Baltasar celebraba su gran festín con sus concubinas y grandes de su reino y profanaba los vasos del templo de Jerusalén, robados por su padre.

Imperio medo persa.

Es consignado con el nombre de plata.

No fué tan espléndido en boato como el anterior, pero más duradero y, sobre todo, inmensamente más vasto.

Su fundador fué Ciro, el genio militar de su tiempo. Después de haber sometido a los diferentes pueblos de la Ariana y tribus del Cáucaso y Asia Menor hasta el río Alis, venció en Timbrea a Cresos, rey de Lidia, con lo que cayeron en su poder todos los extensos territorios de este monarca, incluso las colonias griegas. Para ser dueño de toda el Asia no le faltaba más que la posesión de Asiria y, en efecto, puso sitio a Babilonia y la conquistó también. Siguióse la conquista de Siria, Fenicia y Palestina.

Sus sucesores, Ciro II y Cambises, llevaron al Imperio al ápice de su gloria, sometiendo a Egipto y venciendo a Darío.

Imperio macedónico.

El sentido de unidad sigue dominando la Historia. El fundador del Imperio griego macedónico fué Filipo; primero, gran general, y después, hábil y astuto político. Empezó sometiendo a Tracia e Iliria para apoderarse después de toda la Grecia. En vano el gran orador ateniense, Demóstenes, procuró inculcar a sus compatriotas el inminente peligro que corría la patria, pues sólo ya cuando era demasiado tarde se decidieron los helenos a oponerle resistencia. Fueron vencidos en Queronea.

A Filipo, asesinado poco después de estos acontecimientos, sucedióle su hijo Alejandro, uno de los genios guerreros más extraordinarios de todos los tiempos. Después de haber dominado a los griegos, revueltos a la muerte de Filipo, reúne un ejército de 35.000 combatientes y marcha contra Persia, en donde a la sazón reinaba Darío: pasa el Helesponto y se encuentra con un poderoso ejército persa en las orillas del Gránico, pero lo pone en fuga. Con ello cae bajo su dominio el Asia Menor. Darío en persona le sale al encuentro en Iso, pero es derrotado.

El poder del afortunado monarca aumenta por momentos: Siria, Chipre y Fenicia le quedan sometidas, lo mismo que Tiro y Gaza. Lleva después sus armas victoriosas a Pelusio, primera ciudad de Egipto, y, de allí, a Heliópolis, Memfis y Canopo. Construye Alejandría y de nuevo se dirige al corazón mismo de Persia, contra Darío, y le vence en Arbelos. Se apodera de Babilonia, de Persépolis y Susa, las tres capitales del Imperio persa. Prosigue ambiciosamente sus conquistas por toda la India y llega hasta el Hidaspes, en donde vence a Poro, pero aquí se eclipsa su fortuna: sus soldados se rebelan y le obligan a volverse. Regresa a Babilonia, en donde muere a la edad de treinta y dos años.

¡Prodigioso conquistador! El Oriente, casi por completo, quedó unido bajo su mando. Con ello había traído grandes

bienes al progreso de la Humanidad. Las tribus humanas, separadas hasta entonces en tan varias naciones, gobiernos y costumbres, empezaron a mezclarse entre sí, caminando más conformes a la civilización común: La espada de Roma consumaría la gran obra.

El Imperio romano.

Y llegamos a la cumbre.

Imposible seguir los pormenores de las conquistas del coloso. Bástenos saber que a la muerte de Augusto, el Imperio romano se extendía por espacio de tres mil kilómetros, desde la Celedonia o Escocia actual y la Dacia, situada al norte del Danubio, entre el Teis y el Dniester, hasta el Atlas y el trópico de Cáncer. Por el Oriente era aún mayor su extensión: desde el Atlántico hasta el Eufrates, tres mil quinientos kilómetros, ocupando una superficie mayor que la de toda Europa. Los límites eran, por tanto: al norte el Ponto Euxino, el Danubio y el Rin; al oeste el Atlántico; el Asia Menor, la Cólquida y Armenia, Siria, el Eufrates y la Arabia; y en Africa el Atlas, el desierto de Libia y los que separan a Egipto de Etiopía.

La plenitud de los tiempos.

Se habían consumado los planes de la Providencia.

Dios quería santificar al mundo con su venida; hacer la redención enviando a su Unigénito.

Se había hecho esperar miles de años, porque era preciso estuviera preparado y con ansias de recibirle. Cristo es, a la vez, el término de los caminos seguidos por los pueblos antiguos y el punto de partida de los nuevos, el centro de la Historia, la plenitud de los tiempos.

Las naciones se habían dedicado durante milenios a un trabajo asiduo de progreso, de acercamiento, de conquistas siempre mayores, y, terminada la obra, se ve que no habían

hecho otra cosa que construir el arco triunfal por el que había de pasar el Cristianismo.

Tres cosas dividían a los pueblos en la antigüedad y se oponían, por consiguiente, a la propagación universal del Evangelio: la multiplicidad de naciones que se trataban hostilmente entre sí; la diversidad de las lenguas, que les impedía entenderse, y las fronteras de unos y otros Estados, que dificultaban las comunicaciones...

Y, ¡cosa singular!

La triple barrera acababa de caer precisamente cuando apareció Jesucristo.

La primera la derriban Ciro, reuniendo bajo su cetro los pueblos del Oriente, y Alejandro con el establecimiento de la monarquía universal, llevando la lengua y civilización griega hasta el Indo. La segunda desaparece cuando Roma impone su idioma al Occidente; la tercera cae también cuando los ejércitos romanos construyen las grandes vías de comunicación que, partiendo de Roma, su centro, llegan a todos los ámbitos del Imperio.

Se ha dicho, y no sin razón, que las legiones romanas fueron los zapadores del Evangelio, y la palabra de la paz siguió los caminos trazados por la guerra...

Roma prepara el reinado de Jesucristo como el Bautista su aparición inmediata.

¿Puede haber cosa más providencial que esta marcha de los siglos? Digamos que los hombres se mueven, pero Dios los agita.

Vemos desarrollarse aquí la Historia humana, no según la casualidad y el error o por los juegos e intrigas de las pasiones de los hombres, ni menos impulsada por el fatalismo pagano, sino según un plan preestablecido y providente.

Ni faltaron en el mismo mundo pagano quienes se dieran cuenta del hecho providencial. Concretamente tenemos tes-

timonios elocuentes de ello en el Imperio romano. Su crecimiento inaudito e inmensa fortuna les pareció inexplicable, humanamente hablando, a sus grandes historiadores. Allí estaba la mano de Dios que lo dirigía todo para sus ulteriores fines.

Tito Livio dice en el comienzo de su historia: «La fundación del más grande Imperio que ha existido sobre la tierra no puede ser sino obra del destino y particular voluntad de los dioses». (Lib. I, núm. 55.)

Plutarco añade: «El curso feliz de los negocios y la elevación de Roma a tan alto grado de poder y acrecentamiento, muestran muy claramente, a los que saben ver las cosas, que todo ello no ha sido conducido por manos, consejos ni deseos de hombres, sino—dice él—por una escolta divina». (De fort. rom., núm. 33.)

Polibio, en fin, el más antiguo de los historiadores romanos: «Los acontecimientos llevan al mundo a una cierta unidad».

¿Qué unidad era ésta y para qué?

Los cristianos del siglo xx apenas podemos dudarlo.

Era la unidad católica que se preparaba en el Imperio romano para la venida del Mesías, que había de ocupar el trono de los césares.

Punto de vista éste profundo en realidad...

Cuando miramos la Historia por este prisma, creemos asistir a una vastísima escena en que se desenredan las intrigas todas de la política humana y se explican y enlazan todos los destinos de las naciones... Nabucodonosor y Ciro, César y Constantino, ya no son aquí más que simples actores de un acto sublime que termina en Jesucristo y en su Iglesia¹.

¹ Cfr. Aug. Nicolás, *Estudios fil. sobre el Crist.*, t. I, c. V. — Edit. Libr. Religiosa, Barcelona.

II

LAS PROFECIAS MESIANICAS

SUMARIO: Idea general de los vaticinios mesiánicos. - La profecía de Jacob: el cetro de Judá. - Miqueas y Belén. - Isaías y la pasión y muerte del Salvador. - Daniel y sus setenta semanas. - Portentoso cumplimiento. - Reflexión final

Las profecías mesiánicas constituyen quizás lo más esencial y típico de la Biblia. Se encuentran ya en el comienzo de la misma y la acompañan como reguero de luz y de esperanza a través de casi todos sus libros.

Ya en los albores del mundo, entre las sombras del pecado y de la muerte, en el Paraíso, dejó Dios entrever la figura del Redentor que había de venir en la plenitud de los tiempos para deshacer la obra nefasta de la serpiente triunfadora y redimir a la Humanidad caída. Es la primera profecía y promesa al mismo tiempo que lleva consigo el desgraciado linaje humano como consuelo de su infortunio, al ser desheredado de Dios y lanzado como prófugo por la tierra.

La gran promesa fué repitiéndose y puntualizándose cada vez más en el transcurso de los tiempos.

A Abraham, el padre de los creyentes, le anunció Dios que el Mesías o Salvador nacería de su descendencia; a Isaac y Jacob les precisó más: el tiempo de su venida y su origen de la tribu de Judá. A David le prometió que saldría de su familia, y sería hijo y señor suyo juntamente. A Isaías, que nacería de una virgen y moriría víctima de los pecados de su pueblo; a Miqueas, que saldría de Belén; a Ageo, en



2

(Detalle Pórtico Gloria. Santiago)

*«Hemos hallado aquel de quien escribió Moisés y los
Profetas» (J. I, 45).*

Jeremías, Daniel, Isaías y Moisés.

tiempo del segundo templo; a Daniel, a la mitad de la septuagésima semana...

No podemos estudiar detenidamente todas las profecías.

Eseojamos cuatro tan sólo de las principales: las de Jacob y Daniel, relativas al tiempo de la aparición del Mesías; la de Miqueas sobre el lugar de su nacimiento, y la de Isaías sobre su pasión y muerte.

PROFECIA DE JACOB

Jacob vivió, según los cálculos más verosímiles, unos dos mil años antes de Jesucristo.

El santo patriarca era ya muy anciano; había cumplido ciento cincuenta años de edad a los cuales, sin embargo, llamaba él pocos y malos, cuando sintió acercársele el trance inevitable de toda carne, la muerte. Antes quiso, sin embargo, despedirse de sus hijos y darles su última bendición.

La escena, que es altamente patética, se nos describe en el capítulo XLIX del Génesis: «Congregáos todos aquí, hijos míos — les dijo —, para que os anuncie las cosas que han de sucederos en los tiempos por venir».

Los doce hijos de Jacob acuden diligentemente al llamamiento paterno y rodean el lecho del moribundo: luego, van presentándose uno por uno y por orden de edad, al contacto del anciano.

Para los tres primeros, o sea Rubén, el primogénito; Simeón y Leví, no tuvo Jacob más que reproches y anuncios terroríficos. «Rubén, primogénito mío — dice al primero —: tú debías ser el más favorecido de los dones y el más grande en autoridad, pero te derramaste como el agua; no medres.» ...Y a los otros dos: «Simeón y Leví, hermanos en el crimen..., maldito su furor, porque es pertinaz, y su saña, porque es inflexible».

La escena cambia repentinamente al llegar el cuarto de los hijos, llamado Judá.

El patriarca se siente agitado en aquel momento por el espíritu profético que le revela todo el porvenir y la historia futura de su hijo, y exclama, lleno de alborozo:

«Oh, Judá, a ti te alabarán tus hermanos; tu mano pondrá bajo tu yugo a tus enemigos; a la presa corriste, hijo mío. Después, para descansar, te has echado como león y a manera de leona: ¿quién osará perturbarlo...?»

A continuación la gran profecía: «NO SERA QUITADO EL CETRO DE JUDA NI DEJARA DE HABER LEGISLADOR O GUIA DE SU DESCENDENCIA HASTA QUE VENGA EL QUE HA DE SER ENVIADO, EL CUAL SERA LA ESPERANZA DE LAS NACIONES».

Apenas hace falta declaración ante palabras tan manifiestas.

El vocablo *cetro*, se toma aquí como sinónimo de autoridad, gobierno o mando, de todo lo cual es, naturalmente, símbolo. y la frase «el que ha de ser enviado», se refiere evidentemente al Mesías prometido ya en el Paraíso a nuestros primeros padres después de la gran tragedia, como redentor del hombre caído y destructor de la obra del pecado. El fué el que esperó la Humanidad ansiosamente durante milenios interminables en su peregrinación por la tierra y el que había prometido Dios a Abraham que nacería de su descendencia.

El sentido, pues, de todo el pasaje no puede ser dudoso: se señala en él la fecha de la venida del Mesías y se anuncia que este magno acontecimiento deberá efectuarse antes de que le sea arrebatado a Judá su cetro, esto es, antes de que deje de ser nación.

Es lo que le sucedió al pie de la letra.

Hasta la venida del Fundador del Cristianismo, había podido mantenerse el pueblo judío más o menos precariamente en la categoría de nación propiamente tal. Los romanos la habían sojuzgado, es verdad, en los últimos años: Un procurador del Imperio residía en la capital de Israel exasper-

rando sus sentimientos religiosos y patrióticos. Se le había arrebatado la libertad, pero conservaba todavía no sólo su territorio, sino también su forma peculiar de gobierno y su autoridad propia, residente en el sumo sacerdote y en el Gran Consejo o Sanhedrín. Todo ello terminó por completo y ominosamente unos cincuenta años después de la muerte de Cristo, el setenta de nuestra Era, fecha fatídica y memorablemente trágica para el pueblo de Dios, en que su capital fué invadida e incendiada por el ejército romano y destruido el templo...

Fué aquél el momento supremo de su historia.

El pueblo judío se deshizo desde entonces como la sal en el agua, y sus infelices habitantes se tuvieron que dispersar por el mundo.

Se había perdido todo. Judá dejaba de ser el pueblo de Dios y su cetro pasaba al que en los planes de la Divina Providencia había de recibir su heredad y sucederle, esto es, la Iglesia.

No es menos sorprendente el cumplimiento del último inciso de la predicción: «Y EL SERA LA EXPECTACION DE LAS GENTES», o, como dice otra versión: «A ÉL AFLUIRAN LOS PUEBLOS».

Jesucristo fué la expectación del Universo y hacia él avanzó, en un flujo incoercible, la Humanidad, después de su muerte. La conversión casi repentina del mundo lo prueba con evidencia. Ya en tiempo mismo de los apóstoles solía decir San Pablo a los cristianos de Roma, que su fe era predicada en todo el orbe, y al fin del siglo II, profirió el gran apologista y orador Tertuliano, dirigiéndose a los gentiles, aquella frase lapidaria que se ha hecho célebre: «Somos de ayer y ya lo llenamos todo».

MIQUEAS

Cuenta el Evangelio de San Mateo, en su capítulo II, que «habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, llegaron a Jerusalén unos magos venidos del Oriente, preguntando dónde estaba el recién nacido rey de los judíos. Porque vimos, añadieron, su estrella en Oriente, y venimos a adorarle. Al oír esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén, y convocando los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó en dónde había de nacer Cristo o el Mesías. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, pues así está escrito en el profeta.»

El Profeta de que aquí se hace mención es Miqueas, uno de los llamados menores y que vivió hacia el año 600 antes de Jesucristo.

He aquí su profecía tal como la leemos en el capítulo V. Después de un apóstrofe a Jerusalén, a la cual llama ciudad de ladrones por sus grandes usuras e injusticias, y de anunciarle su destrucción por parte de sus enemigos, como castigo de Dios, se dirige en espíritu a Belén, ciudad de David, y le dice:

«Y tú, oh Belén Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá, pero de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad.»

Efrata es el nombre que tenía Belén en tiempo de los Patriarcas, pero en este pasaje hace las veces de determinante para distinguirla de otra Belén de la tribu de Aser o de Zabulón. *Dominador de Israel* es también otro de los nombres con que se designaba al Mesías, el gran Rey teocrático del pueblo de Dios y objeto de todas sus esperanzas. *El cual fué engendrado desde el principio*. En estas palabras se consigna claramente la divinidad del Mesías. El Cristo había de nacer en Belén, en el tiempo, pero no comenzaría allí su

existencia; habría existido ya desde el principio, antes de todas las cosas, desde la eternidad; esto es, sería eterno, increado e inmortal, como verdadero Dios.

El cumplimiento. También aquí se cumple la profecía tan amplia como completamente en Cristo. El nació en Belén, como lo sabemos por el Evangelio, y llenó, además, el prerrequisito que nadie, a excepción suya, podía llenar, el de ser Dios y existir desde la eternidad. San Juan nos habla en el proemio de su Evangelio de la preexistencia del Hijo en el seno del Padre: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios: él estaba en el principio en Dios». Cristo mismo dió testimonio de esta verdad: «Abraham, vuestro Padre, dijo un día a los judíos, *ardió en deseos de ver este mi día, y se llenó de gozo al contemplarlo desde lejos.* ¿Aun no tienes cincuenta años y ya has visto a Abraham? Respondiéndoles Jesús: *En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham fuera creado ya existía yo.*». Al oír esto, los judíos tomaron piedras para tirárselas, mas Jesús se escondió y salió del templo. Asimismo dijo, en la noche de la última cena, en su oración sacerdotal: «*Ahora glorifícame, oh Padre, con aquella gloria que tuve en ti antes de que el mundo existiese.*». (Jn. XVII.)

Al leer estas frases llenas de majestad y de insondables misterios, no se sabe qué admirar más, si la exactitud de la predicción del Profeta o la excelsa dignidad de Cristo. El es el increado, el anciano de días, como dice el Apocalipsis, el Dios eterno e infinito que descendió del cielo y se hizo hombre por la salvación del mundo.

ISAÍAS

Isaías ha sido considerado siempre como el más grande de los Profetas y como uno de los mayores genios del mundo. La sublimidad de sus concepciones y de su estilo no tienen

rival en ninguna literatura. Esquilo y Sófocles, que son los que más se le acercan, quedan aún a gran distancia de él. Vivió unos setecientos años antes de nuestra Era.

Tres cosas, en especial, anuncian sus profecías respecto del Mesías: *su nacimiento de una Virgen* (c. VII); *su realce y divinidad* (c. IX); *su pasión y muerte* (c. LIII).

Detengámonos en esta última, que es, sin duda, la de mayor importancia para nosotros. Dice así su texto traducido literalmente:

«Mas ¡ay! ¿Quién ha creído o creará a nuestro anuncio y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor? Porque él crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida; no es de aspecto extraordinario ni esplendoroso: nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención hacia él. Vímosle después despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no le tuvimos ningún especial respeto. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades, pero nosotros le reputamos entonces como un leproso herido de la mano de Dios y humillado. Siendo así que por nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras iniquidades: el castigo de que había de nacer nuestra paz con Dios descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros. Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso, y no abrió la boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resistencia suya como la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera la boca, delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo trasquila. Después de sufrida la opresión e inicua condena fué levantado en alto o puesto en la cruz, pero la generación suya, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para la expiación de las maldades de mi pueblo lo he herido yo, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro, le concederá Dios la conversión de los impíos: tendrá por precio de su muerte al hombre rico: porque él no cometió pecado ni hubo dolo en sus palabras: y quiso el Señor consumirle con trabajos: mas luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de él la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado: este mismo justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina o predi-

cación y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto, le dará como porción o herencia suya una gran muchedumbre de naciones y repartirá los despojos de los fuertes, pues que ha entregado su vida a la muerte y ha sido confundido con los facinerosos y ha tomado sobre sí los pecados de todos y ha rogado por los transgresores.»

Hasta aquí Isaías.

Creemos que huelgan los comentarios en presencia de tan estupendas revelaciones. Basta la simple lectura de esta página para sentirse fortalecido en la fe. Isaías anuncia en ella, y con claridad aterradora, a setecientos años de distancia, la muerte en cruz y voluntaria de Cristo, la redención del linaje humano por medio de su sangre y la conquista del mundo por su doctrina.

¿De dónde pudo saber estas profundas verdades el Profeta? Evidentemente no cabe otra explicación posible que la revelación directa por parte de Dios. Revelación, sí. Sólo Dios es el dueño del porvenir, y lo revela a quien le place; sólo El conoce los misterios insondables de su Providencia. Precisamente en esa conducta está la manifestación de la sabiduría divina: la redención del mundo por medio de la sangre y del dolor. «Sin efusión de sangre no hay redención», dijo San Pablo, y el mismo Salvador reprendió de «tardos y duros de entendimiento» a los discípulos de Emmaús, porque aun no habían comprendido que era necesario que Cristo padeciese y muriese para entrar así en su gloria.

DANIEL

Y llegamos a la cumbre de las profecías.

¿Quién no ha oído hablar de las setenta semanas de Daniel?

Daniel es el último de los profetas mayores, pero principalísimo en lo que respecta a los vaticinios sobre Cristo.

Vivió seiscientos años antes de nuestra Era, y pasó casi

toda su vida en Babilonia, a donde había sido conducido con los demás hijos de Israel, cautivos de Nabucodonosor.

La gran revelación se la hizo Dios, como él mismo lo expresa, estando en la ciudad del destierro, en el primer año del reinado de Darío, hijo de Asuero, y mientras oraba fervorosamente al Señor por la salvación de su pueblo.

Dice así, en el capítulo IX:

«Y volví mi rostro hacia el Señor Dios mío, para dirigirle mis ruegos y súplicas, con ayunos y vestido de cilicio y cubierto de ceniza. Haciendo, pues, oración al Señor Dios mío y tributándole mis alabanzas... mientras aun estaba hablando y confesaba mis pecados y los pecados de mi pueblo, Israel, y presentaba mis humildes ruegos en presencia de mi Dios y a favor de su monte santo...; estando yo todavía profiriendo las palabras de mi oración, he aquí que Gabriel, aquel varón que yo había visto desde el principio de la visión, volando súbitamente, me tocó en la hora del sacrificio de la tarde, me instruyó y me habló en los términos siguientes: Daniel, yo he venido ahora para instruirte y a fin de que conozcas los designios de Dios. La orden se me dió desde luego que te pusiste a orar, y yo vengo para mostrártela, porque tú eres un varón de ardientes deseos. Atiende, pues, tú, ahora, a mis palabras y entiende la visión.

Se han fijado setenta semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la prevaricación y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia o santidad perdurable, y se cumplirá la visión y la profecía, y será ungido el santo de los santos. Sábetelo, pues, y nota atentamente: desde que saldrá la orden o edicto para que sea reedificada Jerusalén, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza o ciudad y los muros en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario: y acabada la guerra quedará establecida allí la desolación. Y el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos; y a la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios; y estará en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y fin del mundo.»

Ha dicho un escriturista que al leer este vaticinio se siente irresistiblemente el escalofrío de lo divino.

Así es, en realidad, como habrá podido tal vez experimentar en sí mismo el lector. Predicción más estupenda no se ha hecho jamás ni puede ser que se haga.

Nótese las palabras: «*será ungido*». No se trata aquí, por consiguiente, del nacimiento del Mesías, sino de su aparición pública, de su unción como legado divino y consagración solemne para la *gran* obra. Esta se efectuó en Cristo al comenzar su ministerio el día de su bautismo en el Jordán, por Juan Bautista, día en que se oyó la voz del Padre, que resonó en el cielo diciendo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias; oídle a él».

El *Arcángel* divide las setenta semanas en tres grupos: uno de siete, otro de sesenta y dos y el tercero de una, y señala determinadamente los acontecimientos de cada uno de ellos. En las siete primeras semanas dice que será reedificada la ciudad de Jerusalén. Esto demuestra palmariamente que las semanas de que aquí se trata no son de días, sino de años, cosa que, por otra parte, estaba en uso entre los judíos. En siete semanas, o sea en cuarenta y nueve días, era imposible reedificar una ciudad. Setenta semanas de años son cuatrocientos noventa años. Pasado este tiempo, pues, y a partir de la fecha en que el Rey de Babilonia diera el decreto permitiendo a los judíos reedificar su capital, aparecería en el mundo el Salvador o Mesías prometido.

Jerusalén fué reedificada puntualmente conforme al vaticinio, en cuarenta y nueve años, como lo atestigua expresamente el libro de Esdras (IV, V, VI).

El decreto de su reedificación lo expidió Artajerjes, como consta también en el mismo libro de Esdras, en el año veinte de su reinado, que coincide, según los datos más probables de la cronología, con el 454 antes de Jesucristo ¹.

¹ Cfr. Knabenbauer, *Comm. in Dan.*, p. 250 s.

Podemos ya realizar el cómputo completo.

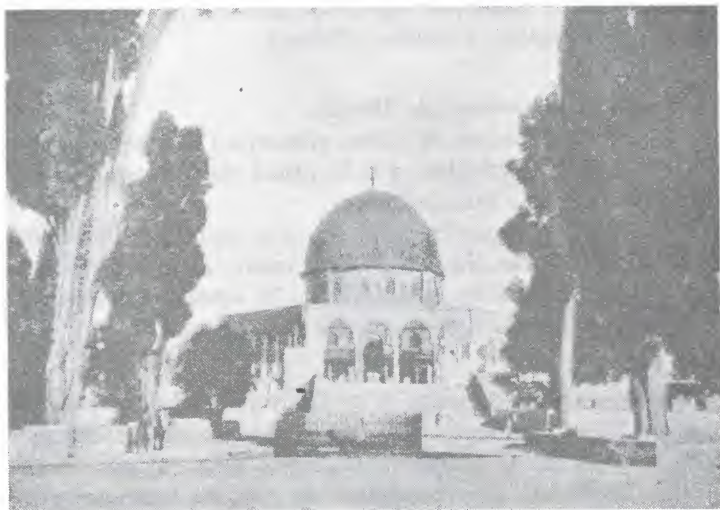
Sumando los cuarenta y nueve años de las siete semanas con los cuatrocientos treinta y cuatro que dan las sesenta y dos tendremos la cifra de cuatrocientos ochenta y tres años; descontemos de éstos los cuatrocientos cincuenta y cuatro que transcurrieron desde el decreto dado por Artajerjes hasta la Era Cristiana, y llegaremos al año 29, o sea a la fecha misma de la aparición de Cristo en el Jordán y de su consagración o ungimiento como Mesías.

¿No es esto prodigioso?

Pues aún hay más: No se contentó el Profeta con anunciar el tiempo de la aparición de Cristo. Trazó, además, un cuadro completo de lo más saliente de su vida y aun de los acontecimientos que a su alrededor habían de desarrollarse:

«Y después de las sesenta y dos semanas, dice, se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo que lo ha de negar. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastación». *Cinuenta años después* de la muerte del Salvador se presentó ante los muros de Jerusalén el ejército romano, al mando de Tito. El mismo emperador pagano atestiguó que no hacía la guerra por su propia voluntad, sino impelido por una fuerza superior que se la imponía. Era la ira de Dios que se cernía sobre el pueblo deicida y que quería cumplir hasta en su último ápice el vaticinio. Durante seis meses estuvo sitiada Jerusalén; los judíos, locos de desesperación, acosados por el hambre más espantosa, intentaron salir de ella repetidas veces, queriendo romper el cerco, pero siempre fueron rechazados y hechos prisioneros. Nos asegura Josefo que de estos infelices fueron crucificados unos quinientos. Tremendo castigo de Dios por la crucifixión del Mesías. Al fin entraron los romanos en la ciudad, acompañándoles el exterminio y la devastación. La gran metrópoli orgullo de Israel fué incen-

diada y devorados sus habitantes por la espada. En cuanto al templo, mandó Tito expresamente a sus soldados que lo respetasen, pero se ignora por qué causa no fué cumplida esta orden. Una tea incendiaria arrojada por un soldado sobre uno de sus tejados dió comienzo a un voraz incendio, el cual, como si fuera atizado por el soplo de Dios, no cesó hasta convertirlo todo en cenizas.



MIZQUITA DE OMAR. — Emplazada en el mismo sitio en donde se elevaba el templo de Jerusalén

Más tarde, dos siglos después del acontecimiento que referimos, quiso el emperador Juliano el Apóstata construir otro templo sobre las ruinas del primero, para desmentir la profecía. Todo fué inútil. Los grandes prodigios sobrenaturales que se sucedieron acabaron por hacerle desistir. Al intentar remover los cimientos, las piedras mismas saltaban contra los obreros. Hoy día se levanta sobre aquel sitio tan sagrado

en otro tiempo una mezquita árabe, la mezquita de Omar, en donde se rinde culto a Mahoma.

«La desolación perdura todavía, y no sin emoción ve el peregrino cristiano en Jerusalén, en el lugar del llanto», frente a un antiguo muro de piedras enormes que debió de formar parte de los cimientos del templo, a judíos y judías de pie, arrodillados o en cuclillas, que rezan lamentaciones dolorosas, se golpean el pecho y derraman amargas lágrimas, pensando en la ruina del espléndido edificio que era símbolo de su vida religiosa y política (Fillion).

Concluye la profecía de Daniel:

«Y el Cristo firmará su nueva alianza en una semana con muchos fieles convertidos, y a la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios».

Se expresa claramente aquí, como es notorio, la abolición del Antiguo Testamento y la substitución de sus sacrificios por el del Nuevo. Este cambio había de efectuarse, según el texto de la profecía, hacia la mitad de la semana 71.

Hasta en este pormenor es prodigioso el cumplimiento del oráculo. Cristo apareció en el Jordán y comenzó su vida pública después de la semana sexagésima nona, el año 29 de la Era Cristiana; estuvo predicando cosa de tres años y al fin de ellos murió en la cruz. Murió, pues, a la mitad de la última semana, en el año tercero o cuarto, y con él se derumbó por completo el Antiguo Testamento. El Hijo de Dios ofreció al Eterno Padre el sacrificio de su vida en el ara de la cruz, y ese sacrificio quedó como único y exclusivo en la Nueva Alianza, mientras desaparecían los anteriores, que no eran más que prefigurativos de él, y, según las palabras de San Pablo, estériles e ineficaces.

Quedaba plenamente cumplida la profecía.

Los misterios de la muerte y pasión de Cristo, que tanto desorientaban aun a los mismos discípulos del Redentor, aparecían luminosamente explicados, lo mismo que los destinos aciagos del infeliz pueblo judío, disperso desde entonces por el mundo, sin patria y sin hogar.

Una vez más se apreciaba aquí la gran verdad de los versos del poeta:

*«Para verdades, el tiempo,
y para justicias, Dios.»*

LAS CREDENCIALES HISTORICAS DE JESUS

(Autenticidad de los Evangelios)

SUMARIO: Las fuentes históricas de la vida de Jesús: el Nuevo Testamento. - Los Hechos de los Apóstoles, las Cartas de San Pablo y los Evangelios. - Originales y copias. - Versiones y códices. - Documentos auténticos y seguros. - Citas de los padres apostólicos. - San Justino e Ireneo. - Orígenes y Tertuliano. - Conclusión. - La existencia histórica de Jesús

La figura de Cristo es plenamente histórica.

Nació en Belén de Judá durante el imperio de Augusto, siendo Cirino gobernador de Siria, Pilatos procurador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea.

Vivió en los tiempos del judío Filón: poco después de Cicerón y Virgilio; en los años de Séneca y de Lucano.

Recorrió por espacio de tres años los campos y pueblos de Palestina, esparciendo el bien a manos llenas y arrebatando de admiración y entusiasmo a las turbas con sus enseñanzas y prodigios. Tuvo enemigos y envidiosos que le odiaron a par de muerte, pero también discípulos y amigos incondicionales que convivieron con él y fueron testigos presenciales de su vida y de sus obras.

Finalmente murió condenado por los príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, crucificado en el Gólgota, a las puertas de Jerusalén, en el año décimoquinto de Tiberio César.

Existen, asimismo, documentos históricos de plena y absoluta solvencia sobre él. Escritos auténticos redactados por



*«Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz
según tu palabra» (Lc. II 29).*

Palabras del anciano Simeón.

contemporáneos suyos, testigos fehacientes de su vida y sus prodigios y que han llegado íntegros hasta nosotros.

Examinemos hoy esos escritos ante la luz de la crítica moderna, y quedaremos convencidos, una vez más, de que el autor del cristianismo no sólo no es un personaje mítico y de leyenda, sino que puede presentarse ante la docta sociedad de nuestros días con plenas credenciales aun humanas, como uno de los más documentados de la historia.

EL NUEVO TESTAMENTO

Llamamos con este nombre a la colección de escritos cristianos primitivos relativos a la historia del Salvador o a la buena nueva por él predicada.

Nuevo Testamento quiere decir nueva alianza, en contraposición de la antigua; pero también, como aquélla, auténtica y divina, o, si se quiere, una nueva fase de la alianza única, sellada por el mismo Dios con los hombres.

Los libros contenidos en el Nuevo Testamento son: Los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo y de otros Apóstoles y el Apocalipsis.

Desde el punto de vista doctrinal e histórico tienen excepcional importancia los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las cartas de San Pablo, y hemos de hacer mención especial de ellos.

Los Hechos de los Apóstoles.

Son la historia de las actividades apostólicas, principalmente de los príncipes de ellos San Pedro y San Pablo.

En los primeros capítulos se narran la Ascensión del Salvador y la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés y, luego, más ampliamente, la propagación del Evangelio

en su carrera triunfal desde Jerusalén hasta Antioquía y Roma...

Es el libro que esclarece de una manera definitiva el carácter divino y universal del cristianismo.

Se compone de 28 capítulos, y su autor es San Lucas, el mismo del tercer evangelio, del cual puede decirse que es como la segunda parte. Fué compuesto al terminar la segunda prisión de San Pablo en Roma, hacia el año 63 de nuestra Era.

Epístolas de San Pablo.

Son catorce, escritas a diversas cristiandades, en general fundadas por él: una, a los romanos, dos a los corintios; una a los gálatas, otra a los efesios, filipenses, colosenses, dos a los tesalonicenses, dos a Timoteo y una a Tito, Filemón y a los hebreos.

Empezaron a aparecer unos veinte años después de la muerte del Salvador, y persistieron durante tres lustros, ocupando todo el período que transcurre desde el año 51 al 66. Son anteriores, por tanto, a los mismos Evangelios y a los Hechos de los Apóstoles y los escritos más antiguos del cristianismo. En sus cartas se muestra el gran apóstol de las gentes, como el teólogo de la religión de Jesucristo. No se propone hacer una biografía de Jesús, pues da su vida por conocida de todos: sólo incidentalmente recuerda sus hechos y palabras, pero son tan abundantes que el mismo Renán confiesa que se podría sacar una pequeña vida de Jesús con sólo los datos de las epístolas a los romanos, corintios, gálatas y hebreos.

Los Evangelios.

Son cuatro, como se sabe, y constituyen verdaderas biografías, aunque incompletas, del Salvador.

El primer evangelio tiene por autor a San Mateo, uno

de los doce Apóstoles de Jesús. Era publicano o arrendador de las alcabalas en Cafarnaúm y se llamaba Leví. Estando un día sentado en el banco o mesa de los recaudadores pasó por delante de su puerta el gran Profeta. El mismo evangelista cuenta, emocionado, cómo Cristo le llamó y le dijo: «Sígueme». Inmediatamente lo dejó todo para hacerse seguidor y discípulo del Maestro. (Mt. XI, 9-17.)

Desde este punto no se apartó de El durante los tres años de su vida pública. Su evangelio lo escribió del 50 al 55 de nuestra Era, esto es, unos cuantos años después de la muerte del Señor. Había sido testigo ocular de todo cuanto escribe sobre El; su testamento es, por eso mismo, de altísimo valor, aun como mero documento histórico. Es el evangelista de la mesianidad del Salvador. Empieza por la genealogía de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham: heredero del reino de David, su padre.

Segundo evangelio.

San Marcos, su autor, no fué apóstol ni discípulo inmediato de Jesús, pero estuvo en íntima relación con los Apóstoles y discípulos.

Su madre se llamaba María y quizás era la propietaria del Cenáculo en que se celebró la última cena del Hijo de Dios e instituyó la Eucaristía. Su familia, pues, era de las íntimas del Maestro.

El valor de este evangelio como documento histórico se acrecienta también por la íntima relación de su autor con San Pedro, cuyas explicaciones catequísticas escuchó innumerables veces, pues en frase de Papías y San Ireneo, fué «su intérprete», esto es, su amanuense o secretario.

Lo redactó en griego y probablemente en Roma, durante la estancia del príncipe de los Apóstoles en aquella ciudad y antes de su martirio, acaecido hacia el año 55 al 62.

Tercer evangelio.

El de San Lucas. Tampoco este evangelista se cuenta entre los discípulos inmediatos del Salvador, pero fué el compañero inseparable del gran Apóstol de las Gentes, San Pablo. Con él anduvo en todos sus viajes apostólicos y de su predicación sacó, en gran parte, las noticias que refiere. Es el evangelio que más habla de la Virgen María; el que relató con todos sus pormenores el gran pasaje de la Anunciación, cuyas noticias recibió directamente, sin duda, de los labios de la misma Madre de Dios.

Escribió el evangelio antes de la persecución decretada por Nerón y que tuvo lugar el año 64; por consiguiente, hacia el 62 o 63 de nuestra Era.

Cuarto evangelio.

Su autor es San Juan, el Discípulo y apóstol amado de Jesús y el único que no abandonó al Maestro en el día aciago de la Pasión. Reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús en la noche de la última cena y fué el que intercedió como conocido en la casa del pontífice para que se permitiera a Pedro la entrada en el atrio de las negaciones; estuvo junto a la cruz en compañía de María y de las santas mujeres y a él encomendó Cristo moribundo a su propia Madre.

Juan la aceptó como madre suya y la recibió en su casa.

Escribió su evangelio en Efeso, hacia la última década del siglo I, y lo destinó a los fieles del Asia Menor. Es el evangelista por excelencia de la divinidad de Jesús.

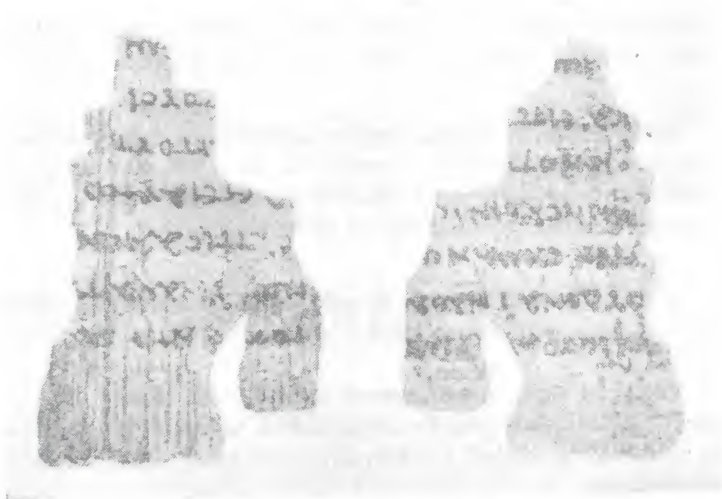
ORIGINALES Y COPIAS

Los autógrafos de los evangelios desaparecieron ya mediados del siglo II.

¿Fué descuido de los primeros cristianos?

En modo alguno. Su pérdida se debió exclusivamente a la fragilidad del material que los contenía.

En efecto: hasta el siglo iv después de Jesucristo se usaba, generalmente, el llamado *papiro*, que se sacaba de la corteza o liber del tronco del árbol de este nombre.



FRAGMENTO DE PAPIRO DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO II. — Contiene los versículos 31 al 38 del capítulo XVIII de San Juan

Eran láminas o tiras finísimas de la anchura de un dedo que, yuxtapuestas y atravesadas, formaban otras mayores, de veinte a treinta centímetros de alto por catorce a dieciséis de largo.

Ni es de extrañar el caso de los evangelios.

De toda la antigüedad griega y latina no se conserva tampoco ningún autógrafo, ni siquiera de los autores clásicos últimos del Imperio.

Pero si faltan los autógrafos, no faltan, ciertamente, las copias.

De ellas se conservan unas 2.375, y si se cuentan los Leccionarios, el número sobrepasa de los 4.000.

Nótese la diferencia:

De las obras de Esquilo, por ejemplo, no se conservan más que 50 copias; de Sófocles, 100; de Plinio, 200; de Horacio, el más afortunado, 250... de los Evangelios, 4.000...

Para textos de alguna mayor extensión se formaban largas piezas, que llegaban a medir de 15 a 18 metros, y se utilizaban arrolladas a un cilindro de madera: eran los tan conocidos *rollos*, apellidados en latín «*volumen*».

En los últimos años de la antigüedad encontramos también el *libro* propiamente dicho, de papiro. En latín, *codex*, o *códice*.

Desde el siglo IV se empezó a usar para ellos el pergamino, elaborado de piel de oveja, cabra, antílope. Su nombre le viene de la ciudad de Pérgamo, en donde se fabricaban los mejores.

Las copias que poseemos de los libros sagrados, con escasísimas excepciones, están en esta forma.

El pergamino tenía sobre el papiro las múltiples ventajas de la mayor resistencia y de poderse escribir por ambas caras, plegarse y adaptarse a la forma de libro y aun borrarse la escritura y escribir otra encima si convenía: *palimpsestos*.

Los códices más apreciados que se nos conservan son:

El *Codex Vaticanus*, guardado en Roma; el *sinaiticus*, uno de los que el año 331 mandó escribir el emperador Cons-